

LA GRAN INCÓGNITA

Me sentía extraña, invisible, como una entidad incorpórea, mirando a todo ese grupo de personas desde arriba. Se veían tristes, llorosos, afligidos. Era un sentimiento que parecían compartir todos los que estaban ahí. ¿Dónde era ahí? Era una iglesia. Estábamos en una misa fúnebre. Me acerqué a mirar quien estaba en el ataúd. ¡Sorpresa! Era yo. Miré por primera vez a las personas que ahí estaban. Mis padres, mis hijos, mis hermanos, mis amigos, mi esposo. Alguien faltaba, sí, mi mejor amiga. Entonces, recordé que ambas volvíamos de una cena de negocios, cuando fuimos interceptadas por dos vehículos. Se bajaron cerca de diez jóvenes entre 16 y 20 años y nos apuntaron con armas de fuego para hacernos bajar del auto. Uno de ellos me bajo del auto tirándome del pelo y me empujó con tal fuerza que me lanzó a la otra vía donde un camión me atropelló. Mi amiga gritó tan fuerte que otro de los muchachos le disparó. Tomaron el auto y huyeron del lugar antes de que llegaran los policías. No solo eran ladrones, se habían convertido en homicidas.

Mi paso a la otra vida fue rápido e instantáneo. Recuerdo hablarle al chofer del camión, diciéndole que no era su culpa. Él no me escuchaba, pues estaba mirando mi cuerpo destrozado. Entonces, comprendí que había muerto. De pronto me vi en la ambulancia junto a mi amiga que era trasladada al hospital. No alcanzó a llegar. Los paramédicos dijeron: — La perdimos—. Entonces, observé cómo el espíritu de ella abandonaba su cuerpo inerte. Me miró, me sonrió y se perdió en la noche sombría. Sin pensarlo, ni quererlo me encontré en mi casa. Dos policías le informaban a mi esposo, sobre el accidente y mi muerte. Él se descompensó y, por primera, vez lo vi llorar. Lloraba por mí, por mi partida de este mundo. Debía ir con los policías para reconocer mi cuerpo sin vida. Llamó a sus padres para que se quedaran con los niños. Mientras llegaban, se comunicó con mis padres. Y ahí estaba yo, viendo como mi madre se desmayaba ante la noticia y mi padre, contenido, como siempre, dejó escapar algunas

lágrimas. Sentí deseos de ver a mis hijos y me encontré en su dormitorio. Solo tenían nueve y diez años, tal vez no era justo perder a su madre. Pero tenían un buen padre y abuelos cariñosos. Los besé en la frente y les dije: -Los amo-. Entonces, el mayor me contestó dormido: —Yo, también, te amo, mamá—.

Vi las cámaras que habían grabado el accidente. En realidad, eran fuertes las imágenes, explicaban cómo habíamos perdido la vida. Sentí el dolor de mis seres queridos, la impotencia, la rabia y la tristeza que los embargaba. Esa tristeza, que seguramente anidaría en sus almas y corazones para siempre. Seguirían viviendo, pero jamás olvidarían.

Mi padre, entonces dijo: — Esto no fue un accidente ni un simple robo. Fue un homicidio cruel e irracional. Exijo justicia para mi hija—.

La misa cumplía su misión de dar algo de calma y tranquilidad a tantos corazones afligidos. Se dijeron cosas hermosas sobre mi persona. Se resaltaron cualidades, de las cuales no tenía consciencia que poseía. Hablaron muy bien de mí, aun cuando yo era una persona común y corriente. Ahí estaba mi esposo y mis hijos. Los niños trataban de entender lo sucedido y mi esposo contenía sus emociones, para que no afloraran ante nuestros hijos. Me di cuenta de que podía sentir lo que las personas pensaban, sus emociones, sus sentimientos. Sin embargo, aún no lograba entender el proceso por el que yo estaba pasando. No veía a otros como yo. Mi amiga se había ido, quién sabe dónde o quizás estaba experimentando con su familia lo mismo que yo. No tenía control sobre mi forma de trasladarme, solo aparecía en los lugares. No sé si volaba o solo me transportaba. No sentía emociones ni sentimientos intensos. Todo era calma y tranquilidad, ni siquiera me preocupaba el futuro de mi familia, especialmente de mis hijos, sin mi presencia. Tenía la seguridad que todo iba a estar bien. Me preguntaba si después de un tiempo partiría al más allá, si es que existía. Quizás había un mundo paralelo al nuestro, donde disfrutar de la vida eterna. Muchas interrogantes, bastante interesantes, cuyas respuestas podían esperar. Tarde o temprano se dilucidarían. Ya no sentía esa

imperiosa necesidad de aclarar todo inmediatamente. Me sentía en paz. No experimentaba sentimientos y emociones negativos. No había tristeza ni alegrías extremas.

En una de mis visitas a mis padres, observé el dolor que sufrían por mi partida. El ansia de justicia que ambos compartían por mi homicidio. De pronto sentí la necesidad de ayudar a esclarecer el robo y asesinato, del cual mi amiga y yo fuimos víctimas. Sin darme cuenta me encontré frente a los responsables. Estaban bebiendo y repartiéndose las ganancias de algún ilícito. Conversaban sobre los asesinatos cometidos por dos de ellos. Los recriminaban, porque ahora eran buscados como homicidas. El que le había disparado a mi amiga se veía bastante arrepentido. Se disculpaba diciendo: — No sé por qué le disparé. Ni siquiera lo pensé—. En cambio, el muchacho que me empujó no demostraba arrepentimiento. Se sentía seguro. Pensaba que era difícil probar que él era el del video. Decidí que yo me encargaría que fueran arrestados y pagaran por su crimen.

Durante días, tal vez semanas, me transportaba desde mi casa, donde observaba el difícil proceso de asumir mi muerte. Las expresiones de dolor de mis niños y de mi esposo, variaban desde las lágrimas a la rabia reprimida. En ocasiones, veía a mis padres haciendo todo lo posible para lograr justicia, exigiendo a los policías y a la fiscalía que aceleraran la investigación para atrapar a los culpables. Presenció varios robos más de los delincuentes. El que parecía el jefe se hacía acompañar de los dos asesinos, para mantenerlos controlados. Mi asesino era incorregible, no tenía conciencia aparente del bien y del mal. Ir a la cárcel no lo asustaba, morir, tampoco. Era cruel y despiadado. Siempre peleaba por algo, con cualquiera. Era un buscapleitos. Su agresividad parecía ir aumentando cada día que pasaba. Quería ayudar a atraparlos, pero no sabía cómo.

Seguía transportándome de un lugar a otro, solo con desearlo, según lo había constatado, después de varios intentos de comprender como lo hacía.

Trataría de hacer algo. Si resultaba, bien, sino intentaría algo distinto, hasta lograrlo. Quería establecer contacto con él. Lo deseé con todas mis fuerzas y tuve éxito. Esperé que estuviese acostado y le hablé: — ¿Te acuerdas de mí? —. Se asustó mucho y gritó:

— ¡Déjame, tú estás muerta! —.

Decidí desaparecer. Volvería otro día. Mi visita lo dejó muy inquieto, aun cuando, él pensaba que había sido un sueño. Le hice varias visitas más. Me aseguré de que no estuviera dormido, para que no creyera que era un sueño.

— ¿No estás arrepentido de haberme matado? — Le dije en una ocasión. Gritó desesperado, por lo que su madre tuvo que consolarlo. Ella le preguntó: — ¿Qué pasa, hijo? Te he notado muy nervioso—.

— Se me aparece un fantasma —. Respondió.

— Debe ser un sueño. ¿Conoces al supuesto fantasma? —. Le dijo su madre.

— Es una mujer. La conocí. Está muerta. Yo la maté, mamá. Es la mujer que atropelló el camión— Todo esto lo dijo casi sin pensarlo. — Esa mujer me recrimina todo el tiempo. Me recuerda que yo le quité la vida—. Finalizó llorando.

Su madre, lo abrazó, secó sus lágrimas y le dijo: — Debes entregarte, hijo. Cometiste un crimen, debes pagar con cárcel, de lo contrario, su fantasma no te dejará vivir en paz—.

La madre se retiró a su dormitorio a tratar de digerir todo lo que su hijo, en su desesperación, le había confesado. No solo era un ladrón, también un homicida. Era el responsable de la horrible noticia que había espantado a todo un país. No sabía qué hacer, si llamar a la policía o convencerlo para que se entregara. Era un gran dilema.

En este intertanto, me presenté otra vez ante mi asesino y le dije:

— Entrégate y me iré para siempre de tu vida. Si no lo haces me tendrás junto a ti, recordándote tu horrible crimen—.

Con esta aparición casi tuvo un colapso nervioso. Llamó a su madre y llorando le dijo: - Me entregaré, para que me deje en paz. Por favor, comunícate con la policía. Hazlo, por favor-.

Al llegar la policía, confesó su crimen y dio el nombre de cada uno de los integrantes de la banda. Continuamente repetía: - Ahora ella no me molestará más-.

— ¿Quién es ella? — Preguntó uno de los policías.

— Ella, la mujer que maté. Se me aparecía y me decía que me entregara y así ella se iría para siempre—.

Los periódicos al informar la noticia lo tildaban de loco. Los psicólogos hablaban sobre la culpa que lo llevó a imaginar el fantasma de su víctima. Sus compañeros de delito lo trataban de traidor. Su vida en la cárcel no sería fácil.

Su madre decía que el fantasma, en realidad era su conciencia. A pesar de todo, ella pensaba que esa experiencia lo había hecho madurar. Que saldría renovado de la cárcel. Como toda madre, tenía la esperanza que su hijo se convirtiera en una persona de bien.

Mis padres enfrentaban su dolor cada día. Mi madre decía que su corazón estaba roto por mi partida, pero que debía ser fuerte por sus nietos. Mi padre reflejaba su dolor en su rostro que se había marcado de grandes surcos donde las penas y tristezas se habían cobijado. La detención del homicida en algo alivió ese profundo dolor.

Mi esposo trataba de explicarle a los niños lo acontecido. Mi hijo mayor dijo:

— Yo sé que ese fantasma era mi mamá. Yo no le llamaría fantasma. Ella se convirtió en un ángel y nos va a cuidar por siempre—.

Después de estas últimas visitas a mi familia, me dispuse a partir. Entonces, sin saber cómo, sentí que me transformaba en una luz brillante y llegaba al lugar destinado. Me siento muy bien aquí. Es hermoso y hay mucha paz. Pero es todo lo que les diré. Ya llegará su hora de conocerlo personalmente. Cuando corresponda. Cuando su vida terrenal finalice.